El que fue a Génova, hallado micer Guasparrino, de parte de Currado le rogó vehementemente que al Expulsado y a su nodriza le enviase, contándole lo que Currado había hecho con Giuffredi y con su madre. A lo que Micer Guasparrino se maravilló mucho oyéndolo, y dijo:
–Es verdad que haré por Currado cualquier cosa que esté en mi poder que le agrade; y ciertamente he tenido en casa, desde hace catorce años, al muchacho que me pides y a su madre, los cuales te enviaré de buena gana; pero le dirás de mi parte que cuide de no haber creído demasiado o de no creer las fábulas de Giannotto, que dices que hoy se hace llamar Giuffredi, porque es mucho más malo de lo que él piensa.
Y dicho esto, haciendo honrar al valiente hombre, hizo llamar a la nodriza en secreto, y cautamente la interrogó sobre aquel asunto. La cual, habiendo oído la rebelión de Sicilia y oyendo que Arrighetto estaba vivo, desechando el miedo que hasta entonces había tenido, ordenadamente le contó todo y le mostró las razones por las que aquella manera de conducirse había seguido.
Micer Guasparrino, viendo que las cosas dichas por la nodriza con las del embajador de Currado se convenían óptimamente, empezó a dar fe a las palabras; y de una manera y de otra, como hombre astutísimo que era, haciendo averiguaciones sobre este asunto y cada vez encontrando más cosas que más le hacían creer en ello, avergonzándose del vil trato que le había dado al muchacho, para enmendarlo, teniendo una bella hija de once años de edad, sabiendo quién Arrighetto había sido y era, con una gran dote se la dio por mujer, y luego de una gran fiesta, con el muchacho y con la hija y con el embajador de Currado y con la nodriza, subiendo a una galera bien armada, se vino a Lérici; donde recibido por Currado, con toda su compañía se fue a un castillo de Currado no muy alejado de allí, donde estaba preparada una gran fiesta.
Qué fiestas hizo la madre al volver a ver a su hijo, cuáles las de los dos hermanos, cuál la de los tres a la fiel nodriza, cuál la hecha por todos a micer Guasparrino y a su hija, y por él a todos, y de todos juntos con Currado y su mujer y con sus hijos y sus amigos, no se podría explicar con palabras, ni con pluma escribir; por lo que a vosotras, señoras, os dejo que lo imaginéis. Para lo cual, para que fuese completa, quiso Dios, generosísimo donante cuando empieza, hacer llegar las alegres nuevas de la vida y el buen estado de Arrighetto Capece.
Por lo que, siendo grande la fiesta y los convidados, las mujeres y los hombres estando a la mesa todavía al primer plato, llegó aquel que había sido enviado a Sicilia, y entre otras cosas contó de Arrighetto, que, estando en Catania encarcelado por el rey Carlos, cuando se levantó contra el rey la revuelta en aquella tierra, el pueblo enfurecido corrió a la cárcel y, matando a los guardias, le habían sacado de allí, y como a capital enemigo del rey Carlos lo habían hecho su capitán y le habían seguido en expulsar y matar a los franceses; por la cual cosa, se había hecho sumamente grato al rey Pedro, quien todos sus bienes y todo su honor le había restituido, por lo que estaba en grande y buena posición; añadiendo que a él le había recibido con sumo honor y había hecho indecibles fiestas por las noticias de su mujer y del hijo, de los cuales después de su prisión nada había sabido, y además de ello, mandaba a por ellos una saetía con algunos gentileshombres, que venían detrás.
Fue con gran alegría y fiesta éste recibido; y prontamente Currado con algunos de sus amigos salieron al encuentro de los gentileshombres que a por madama Beritola y por Giuffredi venían, y recibidos alegremente, a su banquete, que todavía no estaba mediado, les introdujo. Allí a la señora y a Giuffredi y además de a ellos a todos los otros con tanta alegría los vieron, que nunca mayor fue oída; y ellos, antes de sentarse a comer, de parte de Arrighetto saludaron y agradecieron como mejor supieron y pudieron a Currado y a su mujer por el honor hecho a su mujer y a su hijo, y a Arrighetto y a cualquier cosa que por medio de él se pudiese hacer pusieron a su disposición. Luego, volviéndose a micer Guasparrino, cuyos favores eran inesperados, dijeron que estaban certísimos de que, en cuanto lo que habían hecho por el Expulsado supiese Arrighetto, gracias semejantes y mayores le daría. Después de lo cual, muy contentos, en el banquete de las recién casadas y con los recién casados comieron. Y no sólo aquel día festejó Currado al yerno y a sus otros parientes amigos, sino muchos otros; y después que hubieron cesado los festejos, pareciéndole a madama Beritola y a Giuffredi y a los demás que tenían que irse, con muchas lágrimas de Currado y de su mujer y de micer Guasparrino subiendo a la saetía, llevándose consigo a Spina, se fueron. Y teniendo próspero el viento, pronto llegaron a Sicilia, donde con tan gran fiesta por Arrighetto (todos por igual, los hijos y las mujeres) fueron en Palermo recibidos que decir no se podría; y allí se cree que mucho tiempo todos vivieron felizmente, y reconocidos por el beneficio recibido, en amistad con Dios Nuestro Señor.♣

NOVELA SEPTIMA

# *El casamiento del rey del Algarbe*

## El sultán de Babilonia manda a una hija suya como mujer al rey del Algarbe, la cual, por diversas desventuras, en cuatro años llega a las manos de nueve hombres en diversos lugares hasta que restituida al padre como doncella, vuelve a ser mujer del rey del Algarbe.

Tal vez no se habría extendido mucho más la historia de Emilia sin que la compasión sentida por las jóvenes por los casos de Beritola no les hubiera conducido a derramar lágrimas. Pero luego de que a aquélla puso fin, la reina quiso que Pánfilo siguiera con la suya; por lo cual él, que tan obediente era, comenzó:

–Difícilmente, amables señoras, nosotros llegamos a saber qué es lo que nos conviene, por lo que, como muchas veces se ha podido ver, ha habido quienes creyendo que siendo ricos vivirían sin preocupación, lo pidieron a Dios no sólo con oraciones sino con obras, no rehusando ningún trabajo ni peligro para buscar conseguirlo: y cuando lo hubieron logrado, encontraron que por deseo de tan gran herencia fueron a matarlos quienes antes de que se hubieran enriquecido deseaban su vida. Otros, de bajo estado subidos a las alturas de los reinos por medio de mil peligrosas batallas, por medio de la sangre de sus hermanos y de sus amigos, creyendo estar en ellas la suma felicidad, además de los infinitos cuidados y temores de que llenas las vieron y sintieron, conocieron (no sin su muerte) que en el oro de las mesas reales se bebía el veneno. Muchos hubo que la fuerza corporal y la belleza, y ciertos ornamentos con apetito ardentísimo desearon, y no se percataron de haber deseado mal hasta que aquellas cosas no les fueron ocasión de muerte o de dolorosa vida.

Y para no hablar por separado de todos los humanos deseos, afirmo que ninguno hay con completa precaución, por lo que, si queremos obrar rectamente, deberíamos contentarnos con lo que nos diese Aquél que sólo lo que nos hace falta conoce y nos puede dar. Pero si los hombres pecan por desear varias cosas, vosotras, graciosas señoras, sobremanera pecáis por una, que es por desear ser hermosas, hasta el punto de que, no bastándoos los encantos que por la naturaleza os son concedidos, aún con maravilloso arte buscáis acrecentarlos, y me place contaros cuán desventuradamente fue hermosa una sarracena que, en unos cuatro años, tuvo, por su hermosura, que contraer nuevas bodas nueve veces.

Ya ha pasado mucho tiempo desde que hubo un sultán en Babilonia que tuvo por nombre Beminedab, al que en sus días bastantes cosas de acuerdo con su gusto sucedieron. Tenía éste, entre sus muchos hijos varones y hembras, una hija llamada Alatiel que, por lo que todos los que la veían decían, era la mujer más hermosa que se viera en aquellos tiempos en el mundo; y porque en una gran derrota que había causado a una gran multitud de árabes que le habían caído encima, le había maravillosamente ayudado el rey del Algarbe, a éste, habiéndosela pedido él como gracia especial, la había dado por mujer; y con honrada compañía de hombres y de mujeres y con muchos nobles y ricos arneses la hizo montar en una nave bien armada y bien provista, y mandándosela, la encomendó a Dios. Los marineros, cuando vieron el tiempo propicio, dieron al viento las velas y del puerto de Alejandría partieron y muchos días navegaron felizmente; y ya habiendo pasado Cerdeña, pareciéndoles que estaban cerca del fin de su camino, se levantaron súbitamente un día contrarios vientos, los cuales, siendo todos sobremanera impetuosos, tanto azotaron a la nave donde iba la señora y los marineros que muchas veces se tuvieron por perdidos. Pero, como hombres valientes, poniendo en obra toda arte y toda fuerza, siendo combatidos por el infinito mar, resistieron durante dos días; y empezando ya la tercera noche desde que la tempestad había comenzado, y no cesando ésta sino creciendo continuamente, no sabiendo dónde estaban ni pudiendo por cálculo marinesco comprenderlo ni por la vista, porque oscurísimo de nubes y de tenebrosa noche estaba el cielo, estando no mucho más allá de Mallorca, sintieron que se

resquebrajaba la nave. Por lo cual, no viendo remedio para su salvación, pensando cada uno en sí mismo y no en los demás, arrojaron a la mar una chalupa, y confiando más en ella que en la resquebrajada nave, allí se arrojaron los patrones, y después de ellos unos y otros de cuantos hombres había en la nave (aunque los que primero habían bajado a la chalupa con los cuchillos en la mano trataron de impedírselo) se arrojaron, y creyendo huir de la muerte dieron con ella de cabeza: porque no pudiendo con aquel mal tiempo bastar para tantos, hundiéndose la chalupa, todos perecieron.

Y la nave, que por impetuoso viento era empujada, aunque resquebrajada estuviese y ya casi llena de agua –no habiéndose quedado en ella nadie más que la señora y sus mujeres, y todas por la tempestad del mar y por el miedo vencidas, yacían en ella como muertas– corriendo velocísimamente, fue a vararse en una playa de la isla de Mallorca, con tanto y tan gran ímpetu que se hundió casi entera en la arena, a un tiro de piedra de la orilla aproximadamente; y allí, batida por el mar, sin poder ser movida por el viento, se quedó durante la noche. Llegado el día claro y algo apaciguada la tempestad, la señora, que estaba medio muerta, alzó la cabeza y, tan débilmente como estaba empezó a llamar ora a uno ora a otro de su servidumbre, pero en vano llamaba: los llamados estaban demasiado lejos.

Por lo que, no oyéndose responder por nadie ni viendo a nadie, se maravilló mucho y empezó a tener grandísimo miedo; y como mejor pudo levantándose, a las damas que eran de su compañía y a las otras mujeres vio yacer, y a una ahora y a otra después sacudiendo, luego de mucho llamar a pocas encontró que tuvieran vida, como que por graves angustias de estómago y por miedo se habían muerto: por lo que el miedo de la señora se hizo mayor. Pero no obstante, apretándole la necesidad de decidir algo, puesto que allí sola se veía (no conociendo ni sabiendo dónde estuviera), tanto animó a las que vivas estaban que las hizo levantarse; y encontrando que ellas no sabían dónde los hombres se hubiesen ido, y viendo la nave varada en tierra y llena de agua, junto con ellas dolorosamente comenzó a llorar. Y llegó la hora de nona antes de que a nadie vieran, por la orilla o en otra parte, a quien pudiesen provocar piedad y les diese ayuda.

Llegada nona, por azar volviendo de una tierra suya pasó por allí un gentilhombre cuyo nombre era Pericón de Visalgo, con muchos servidores a caballo; el cual, viendo la nave, súbitamente se imaginó lo que era y mandó a uno de los sirvientes que sin tardanza procurase subir a ella y le contase lo que hubiera. El sirviente, aunque haciéndolo con dificultad, allí subió y encontró a la noble joven, con aquella poca compañía que tenía, bajo el pico de la proa de la nave, toda tímida escondida. Y ellas, al verlo, llorando pidieron misericordia muchas veces, pero apercibiéndose de que no eran entendidas y de que ellas no le entendían, por señas se ingeniaron en demostrarle su desgracia. El sirviente, como mejor pudo mirando todas las cosas, contó a Pericón lo que allí había, el cual prontamente hizo traer a las mujeres y las más preciosas cosas que allí había y que pudieron coger, y con ellas se fue a un castillo suyo; y allí con víveres y con reposo reconfortadas las señoras, comprendió, por los ricos arneses, que la mujer que había encontrado debía ser una grande y noble señora, y a ella la conoció prestamente al ver los honores que veía a las otras hacerle a ella sola. Y aunque pálida y asaz desarreglada en su persona por las fatigas del mar estuviese entonces la mujer, sin embargo sus facciones le parecieron bellísimas a Pericón, por lo cual deliberó súbitamente que si no tuviera marido la querría por mujer, y si por mujer no pudiese tenerla, la querría tener por amiga.

Era Pericón hombre de fiero aspecto y muy robusto; y habiendo durante algunos días a la señora hecho servir óptimamente, y por ello estando ésta toda reconfortada, viéndola él sobremanera hermosísima, afligido desmedidamente por no poder entenderla ni ella a él, y así no poder saber quién fuera, pero no por ello menos desmesuradamente prendado de su belleza, con obras amables y amorosas se ingenió en inducirla a cumplir su placer sin oponerse. Pero era en vano: ella rehusaba del todo sus familiaridades, y mientras tanto más se inflamaba el ardor de Pericón. Lo que, viéndolo la mujer, y ya durante algunos días estando allí y dándose cuenta por las costumbres de que entre cristianos estaba, y en lugar donde, si hubiera sabido hacerlo, el darse a conocer de poca cosa le servía, pensando que a la larga o por la fuerza o por amor tendría que llegar a satisfacer los gustos de Pericón, se propuso con grandeza de ánimo hollar la miseria de su fortuna, y a sus mujeres, que más de tres no le habían quedado, mandó que a nadie manifestasen quiénes eran, salvo si en algún lugar se encontrasen donde conocieran que podrían encontrar una ayuda manifiesta a su libertad; además de esto, animándolas sumamente a conservar su castidad, afirmando haberse ella propuesto que nunca nadie gozaría de ella sino su marido. Sus mujeres la

alabaron por ello, y le dijeron que observarían en lo que pudieran su mandato.
Pericón, inflamándose más de día en día, y tanto más cuanto más cerca veía la cosa deseada y muchas veces negada, y viendo que sus lisonjas no le valían, preparó el ingenio y el arte, reservándose la fuerza para el final. Y habiéndose dado cuenta alguna vez que a la señora le gustaba el vino, como a quien no estaba acostumbrada a beber, porque su ley se lo vedaba, con él, como ministro de Venus pensó que podía conseguirla, y, aparentando no preocuparse de que ella se mostrase esquiva, hizo una noche a modo de solemne fiesta una magnífica cena, a la que vino la señora; y en ella, siendo por muchas cosas alegrada la cena, ordenó al que la servía que con varios vinos mezclados le diese de beber. Lo que él hizo óptimamente; y ella, que de aquello no se guardaba, atraída por el agrado de la bebida, más tomó de lo que habría requerido su honestidad; por lo que, olvidando todas las advertencias pasadas, se puso alegre, y viendo a algunas mujeres bailar a la moda de Mallorca, ella a la manera alejandrina bailó. Lo que, viendo Pericón, estar cerca le pareció de lo que deseaba, y continuando la cena con más abundancia de comidas y de bebidas, por gran espacio durante la noche la prolongó. Por último, partiendo los convidados, solo con la señora entró en su alcoba; la cual, más caliente por el vino que templada por la honestidad, como si Pericón hubiese sido una de sus mujeres, sin ninguna contención de vergüenza desnudándose en presencia de él, se metió en la cama. Pericón no dudó en seguirla sino que, apagando todas las luces, prestamente de la otra parte se echó junto a ella, y cogiéndola en brazos sin ninguna resistencia, con ella empezó amorosamente a solazarse. Lo que cuando ella lo hubo probado, no habiendo sabido nunca antes con qué cuerpo embisten los hombres, casi arrepentida de no haber accedido antes a las lisonjas de Pericón, sin esperar a ser invitada a tan dulces noches, muchas veces se invitaba ella misma, no con palabras, con las que no se sabía hacer entender, sino con obras. A este gran placer de Pericón y de ella, no estando la fortuna contenta con haberla hecho de mujer de un rey convertirse en amiga de un castellano, opuso una amistad más cruel.
Tenía Pericón un hermano de veinticinco años de edad, bello y fresco como una rosa, cuyo nombre era Marato; el cual, habiéndola visto y habiéndole agradado sumamente, pareciéndole, según por sus actos podía comprender, que gozaba de su gracia, y estimando que lo que él deseaba nada se lo vedaba sino la continua guardia que de ella hacía Pericón, dio en un cruel pensamiento: y al pensamiento siguió sin tregua el criminal efecto. Estaba entonces, por acaso, en el puerto de la ciudad, una nave cargada de mercancía para ir a Clarentza, en Romania, de la que eran patrones dos jóvenes genoveses, y tenía ya la vela izada para irse en cuanto buen viento soplase; con los cuales concertándose Marato, arregló cómo la siguiente noche fuese recibido con la mujer. Y hecho esto, al hacerse de noche, a casa de Pericón, quien de él nada se guardaba, secretamente fue con algunos de sus fidelísimos compañeros, a los cuales había pedido ayuda para lo que pensaba hacer, y en la casa, según lo que habían acordado, se escondió. Y luego que fue pasada parte de la noche, habiendo abierto a sus compañeros, allá donde Pericón con la mujer dormía se fue, y abriéndola, a Pericón mataron mientras dormía y a la mujer, despierta y gimiente, amenazándola con la muerte si hacía algún ruido, se llevaron; y con gran cantidad de las cosas más preciosas de Pericón, sin que nadie les hubiera oído, prestamente se fueron al puerto, y allí sin tardanza subieron a la nave Marato y la mujer, y sus compañeros se dieron la vuelta.
Los marineros, teniendo viento favorable y fresco, se hicieron a la mar. La mujer, amargamente de su primera desgracia y de ésta se dolió mucho; pero Marato, con el San–Crescencio–en–mano que Dios le había dado empezó a consolarla de tal manera que ella, ya familiarizándose con él, olvidó a Pericón; y ya le parecía hallarse bien cuando la fortuna le aparejó nuevas tristezas, como si no estuviese contenta con las pasadas. Porque, siendo ella hermosísima de aspecto, como ya hemos dicho muchas veces, y de maneras muy dignas de alabanza, tan ardientemente de ella los dos patrones de la nave se enamoraron que, olvidándose de cualquier otra cosa, solamente a servirla y a agradarla se aplicaban, teniendo cuidado siempre de que Marato no se apercibiese de su intención. Y habiéndose dado cuenta el uno de aquel amor del otro, sobre aquello tuvieron juntos una secreta conversación y convinieron en adquirir aquel amor común, como si Amor debiese sufrir lo mismo que se hace con las mercancías y las ganancias. Y viéndola muy guardada por Marato, y por ello impedido su propósito, yendo un día la nave con vela velocísima, y Marato estando sobre la popa y mirando al mar, no sospechando nada de ellos, se fueron a él de común acuerdo y cogiéndolo prestamente por detrás lo arrojaron al mar; y estuvieron más de una milla alejados antes de que nadie se hubiera dado cuenta de que Marato había caído al mar; lo que

oyendo la mujer y no viendo manera de poderlo recobrar, nuevo duelo empezó a hacer en la nave. Y a su consuelo los dos amantes vinieron incontinenti, y con dulces palabras y grandísimas promesas, aunque ella poco los entendiese, a ella, que no tanto por el perdido Marato como por su desventura lloraba, se ingeniaban en tranquilizar. Y luego de largas consideraciones una y otra vez dirigidas a ella, pareciéndoles que la habían consolado, vino la hora de discutir entre sí cuál de ellos la fuera a llevar primero a la cama. Y queriendo cada uno ser el primero y no pudiendo en aquello llegar a ningún acuerdo entre ambos, primero con palabras graves y duras empezaron un altercado y encendiéndose en ira con ellas, echando mano a los cuchillos, furiosamente se echaron uno sobre el otro; y muchos golpes, no pudiendo los que en la nave estaban separarlos, se dieron uno al otro, de los que uno cayó muerto incontinenti, y el otro en muchas partes de su cuerpo gravemente herido, quedó con vida; lo que desagradó mucho a la mujer, como a quien allí sola, sin ayuda ni consejo alguno se veía, y mucho temía que contra ella se volviese la ira de los parientes y de los amigos de los dos patrones; pero los ruegos del herido y la pronta llegada a Clarentza del peligro de muerte la libraron. Donde junto con el herido descendió a tierra, y estando con él en un albergue, súbitamente corrió la fama de su gran belleza por la ciudad, y a los oídos del príncipe de Morea, que entonces estaba en Clarentza, llegó: por lo que quiso verla, y viéndola, y más de lo que la fama decía pareciéndole hermosa, tan ardientemente se enamoró de ella que en otra cosa no podía pensar. Y habiendo oído en qué guisa había llegado allí, se propuso conseguirla para él, y buscándole las vueltas y sabiéndolo los parientes del herido, sin esperar más se la mandaron prestamente; lo que al príncipe fue sumamente grato y otro tanto a la mujer, porque fuera de un gran peligro le pareció estar. El príncipe, viéndola además de por la belleza adornada con trajes reales, no pudiendo de otra manera saber quién fuese ella, estimó que sería noble señora, y por lo tanto su amor por ella se redobló; y teniéndola muy honradamente, no a guisa de amiga sino como a su propia mujer la trataba. Lo que, considerando la mujer los pasados males y pareciéndole bastante bien estar, tan consolada y alegre estaba mientras sus encantos florecían que de nada más parecía que hubiera que hablar en Romania. Por lo cual, al duque de Atenas, joven y bello y arrogante en su persona, amigo y pariente del príncipe, le dieron ganas de verla: y haciendo como que venía a visitarle, como acostumbraba a hacer de vez en cuando, con buena y honorable compañía se vino a Clarentza, donde fue honradamente recibido con gran fiesta. Después, luego de algunos días, venidos a hablar de los encantos de aquella mujer, preguntó al duque si eran cosa tan admirable como se decía; a lo que el príncipe respondió:

–Mucho más; pero de ello no mis palabras sino tus ojos quiero que den fe. A lo que, invitando al duque el príncipe, juntos fueron allá donde ella estaba; la cual, muy cortésmente y con alegre rostro, habiendo antes sabido su venida, les recibió. Y habiéndola hecho sentar entre ellos, no se pudo de hablar con ella tomar ningún agrado porque poco o nada de aquella lengua entendía; por lo que cada uno la miraba como a cosa maravillosa, y mayormente el duque, el cual apenas podía creer que fuese cosa mortal, y sin darse cuenta, al mirarla, con el amoroso veneno que con los ojos bebía, creyendo que su gusto satisfacía mirándola, se enviscó a sí mismo, enamorándose de ella ardentísimamente. Y luego que de ella, junto con el príncipe, se hubo partido y tuvo espacio de poder pensar por sí solo, juzgaba al príncipe más feliz que a nadie teniendo una cosa tan bella a su disposición; y luego de muchos y diversos pensamientos, pesando más su fogoso amor que su honra, determinó, sucediera lo que fuese, privar al príncipe de aquella felicidad y hacerse feliz con ella a sí mismo si pudiese. Y, teniendo en el ánimo apresurarse, dejando toda razón y toda justicia aparte, a los engaños dispuso todo su pensamiento; y un día, según el malvado plan establecido por él, junto con un secretísimo camarero del príncipe que tenía por nombre Ciuriaci, secretísimamente todos sus caballos y sus cosas hizo preparar para irse, y viniendo la noche, junto con un compañero, todos armados, llevado fue por el dicho Ciuriaci a la alcoba del príncipe silenciosamente. Al que vio que, por el gran calor que hacía, mientras dormía la mujer, él todo desnudo estaba a una ventana abierta al puerto, tomando un vientecillo que de aquella parte venía; por la cual cosa, habiendo a su compañero antes informado de lo que tenía que hacer, silenciosamente fue por la cámara hasta la ventana, y allí con un cuchillo hiriendo al príncipe en los riñones, lo traspasó de una a otra parte, y cogiéndolo prestamente, lo arrojó por la ventana abajo.

Estaba el palacio sobre el mar y muy alto, y aquella ventana a la que estaba entonces el príncipe daba sobre algunas casas que habían sido derribadas por el ímpetu del mar, a las cuales raras veces o nunca



alguien iba; por lo que sucedió, tal como el duque lo había previsto, que la caída del cuerpo del príncipe ni fue ni pudo ser oída por nadie. El compañero del duque, viendo que aquello estaba hecho, rápidamente un cabestro que llevaba para aquello, fingiendo hacer caricias a Ciuriaci, se lo echó a la garganta y tiró de manera que Ciuriaci no pudo hacer ningún ruido; y reuniéndose con él el duque, lo estrangularon, y adonde el príncipe arrojado había, lo arrojaron. Y hecho esto, manifiestamente conociendo que no habían sido oídos ni por la mujer ni por nadie, tomó el duque una luz en la mano y la levantó sobre la cama, y silenciosamente a la mujer toda, que profundamente dormía, descubrió; y mirándola entera la apreció sumamente, y si vestida le había gustado sobre toda comparación le gustó desnuda. Por lo que, inflamándose en mayor deseo, no espantado por el reciente pecado por él cometido, con las manos todavía sangrientas, junto a ella se acostó y con ella toda soñolienta, y creyendo que el príncipe fuese, yació. Pero luego de que algún tiempo con grandísimo placer estuvo con ella, levantándose y haciendo venir allí a algunos de sus compañeros, hizo coger a la mujer de manera que no pudiera hacer ruido, y por una puerta falsa, por donde entrado había él, llevándola y poniéndola a caballo, lo más silenciosamente que pudo, con todos los suyos se puso en camino y se volvió a Atenas. Pero como tenía mujer, no en Atenas sino en un bellísimo lugar suyo que un poco a las afueras de la ciudad tenía junto al mar, dejó a la más dolorosa de las mujeres, teniéndola allí ocultamente y haciéndola honradamente, de cuanto necesitaba, servir.

Habían a la mañana siguiente los cortesanos del príncipe esperado hasta la hora de nona a que el príncipe se levantase; pero no oyendo nada, empujando las puertas de la cámara que solamente estaban entornadas, y no encontrando allí a nadie, pensando que ocultamente se hubiera ido a alguna parte para estarse algunos días a su gusto con aquella su hermosa mujer, más no se preocuparon. Y así las cosas, sucedió que al día siguiente, un loco, entrando entre las ruinas donde estaban el cuerpo del príncipe y el de Ciuriaci, por el cabestro arrastró afuera a Ciuriaci, y lo iba arrastrando tras él. El cual, no sin maravilla fue reconocido por muchos, que con lisonjas haciéndose llevar por el loco allí de donde lo había arrastrado, allí, con grandísimo dolor de toda la ciudad, encontraron el del príncipe, y honrosamente lo sepultaron; e investigando sobre los autores de tan grande delito, y viendo que el duque de Atenas no estaba, sino que se había ido furtivamente, estimaron, como era, que él debía haber hecho aquello y llevádose a la mujer. Por lo que prestamente sustituyendo a su príncipe con un hermano del muerto, le incitaron con todo su poder a la venganza; el cual, por muchas otras cosas confirmado después haber sido tal como lo habían imaginado, llamando en su ayuda a amigos y parientes y servidores de diversas partes, prontamente reunió una grande y buena y poderosa hueste, y a hacer la guerra al duque de Atenas se enderezó. El duque, oyendo estas cosas, en su defensa semejantemente aparejó todo su ejército, y vinieron en su ayuda muchos señores, entre los cuales, enviados por el emperador de Constantinopla, estaban Costanzo su hijo y Manovello su sobrino con buenas y grandes gentes, los cuales fueron recibidos honradamente por el duque, y más por la duquesa, porque era su hermana. Aprestándose las cosas para la guerra más de día en día, la duquesa, en tiempo oportuno, a ambos a dos hizo venir a su cámara, y allí con lágrimas bastantes y con muchas palabras toda la historia les contó, mostrándoles las razones de la guerra y la ofensa hecha contra ella por el duque con la mujer a la que creía tener ocultamente; y doliéndose mucho de aquello, les rogó que al honor del duque y al consuelo de ella ofreciesen la reparación que pensasen mejor. Sabían los jóvenes cómo había sido todo aquel hecho y, por ello, sin preguntar demasiado, confortaron a la duquesa lo mejor que supieron y la llenaron de buena esperanza, e informados por ella de dónde estaba la mujer, se fueron. Y habiendo muchas veces oído hablar de la mujer como maravillosa, desearon verla y al duque pidieron que se la enseñase; el cual, mal recordando lo que al príncipe había sucedido por habérsela enseñado a él, prometió hacerlo: y hecho aparejar en un bellísimo jardín, en el lugar donde estaba la mujer, un magnífico almuerzo, a la mañana siguiente, a ellos con algunos otros compañeros a comer con ella los llevó. Y estando sentado Costanzo con ella, la comenzó a mirar lleno de maravilla, diciéndose que nunca había visto nada tan hermoso, y que ciertamente por excusado podía tenerse al duque y a cualquiera que para tener una cosa tan hermosa cometiese traición o cualquier otra acción deshonesta: y una vez y otra mirándola, y celebrándola cada vez más, no de otra manera le sucedió a él lo que le había sucedido al duque. Por lo que, yéndose enamorado de ella, abandonado todo el pensamiento de guerra, se dio a pensar cómo se la podría quitar al duque, óptimamente a todos celando su amor. Pero mientras él se inflama-

ba en este fuego, llegó el tiempo de salir contra el príncipe que ya a las tierras del duque se acercaba; por lo que el duque y Costanzo y todos los otros, según el plan hecho en Atenas saliendo, fueron a contender a ciertas fronteras, para que más adelante no pudiera venir el príncipe. Y deteniéndose allí muchos días, teniendo siempre Costanzo en el ánimo y en el pensamiento a aquella mujer, imaginando que, ahora que el duque no estaba junto a ella, muy bien podría venir a cabo de su placer, por tener una razón para volver a Atenas se fingió muy indispuesto en su persona; por lo que, con permiso del duque, delegado todo su poder en Manovello, a Atenas se vino junto a la hermana, y allí, luego de algunos días, haciéndola hablar sobre la ofensa que del duque le parecía recibir por la mujer que tenía, le dijo que, si ella quería, él la ayudaría bien en aquello, haciendo de allí donde estaba sacarla y llevársela. La duquesa, juzgando que Costanzo por su amor y no por el de la mujer lo hacía, dijo que le placía mucho siempre que se hiciese de manera que el duque nunca supiese que ella hubiera consentido en esto. Lo que Costanzo plenamente le prometió; por lo que la duquesa consintió en que él como mejor le pareciese hiciera.
Costanzo, ocultamente, hizo armar una barca ligera, y aquella noche la mandó cerca del jardín donde vivía la mujer, informados los suyos que en ella estaban de lo que habían de hacer, y junto con otros fue al palacio donde estaba la mujer, donde por aquellos que allí al servicio de ella estaban fue alegremente recibido, y también por la mujer; y con ésta, acompañada por sus servidores y por los compañeros de Costanzo, como quisieron, fueron al jardín. Y como si a la mujer de parte del duque quisiera hablarle, con ella, hacia una puerta que salía al mar, solo se fue; a la cual, estando ya abierta por uno de sus compañeros, y allí con la señal convenida llamada la barca, haciéndola coger prestamente y poner en la barca, volviéndose a sus criados, les dijo:
–Nadie se mueva ni diga palabra, si no quiere morir, porque entiendo no robar al duque su mujer sino llevarme la vergüenza que le hace a mi hermana.
A esto nadie se atrevió a responder; por lo que Costanzo, con los suyos en la barca montado y acercándose a la mujer que lloraba, mandó que diesen los remos al agua y se fueran; los cuales, no bogando sino volando, casi al alba del día siguiente llegaron a Egina. Bajando aquí a tierra y descansando Costanzo con la mujer, que su desventurada hermosura lloraba, se solazó; y luego, volviéndose a subir a la barca, en pocos días llegaron a Quíos, y allí, por temor a la reprensión de su padre y para que la mujer robada no le fuese quitada, plugo a Costanzo como en seguro lugar quedarse; donde muchos días la mujer lloró su desventura, pero luego, consolada por Costanzo, como las otras veces había hecho, empezó a tomar el gusto a lo que la fortuna le deparaba.
Mientras estas cosas andaban de tal guisa, Osbech, entonces rey de los turcos, que estaba en continua guerra con el emperador, en aquel tiempo vino por acaso a Esmirna, y oyendo allí cómo Costanzo en lasciva vida, con una mujer suya a quien robado había, sin ninguna precaución estaba en Quíos, yendo allí con unos barquichuelos armados una noche y ocultamente con su gente entrando en la ciudad, a muchos cogió en sus camas antes de que se diesen cuenta de que los enemigos habían llegado; y por último a algunos que, despertándose, habían corrido a las armas, los mataron, y, prendiendo fuego a toda la ciudad, el botín y los prisioneros puestos en las naves, hacia Esmirna se volvieron. Llegados allí, encontrando Osbech, que era hombre joven, al revisar el botín, a la hermosa mujer, y conociendo que aquélla era la que con Costanzo había sido cogida durmiendo en la cama, se puso sumamente contento al verla; y sin tardanza la hizo su mujer y celebró las bodas, y con ella se acostó contento muchos meses.
El emperador, que antes de que estas cosas sucedieran había tenido tratos con Basano, rey de Capadocia, para que contra Osbech bajase por una parte con sus fuerzas y él con las suyas le asaltara por la otra, y no había podido cumplirlo aún plenamente porque algunas cosas que Basano pedía, como menos convenientes no había podido hacerlas, oyendo lo que a su hijo había sucedido, triste se puso sobremanera y sin tardanza lo que el rey de Capadocia le pedía hizo, y él cuanto más pudo solicitó que descendiese contra Osbech, aparejándose él de la otra parte a irle encima. Osbech, al saber esto, reunido su ejército, antes de ser cogido en medio por los dos poderosísimos señores, fue contra el rey de Capadocia, dejando en Esmirna al cuidado de un fiel familiar y amigo a su bella mujer; y con el rey de Capadocia enfrentándose después de algún tiempo combatió y fue muerto en la batalla y su ejército vencido y dispersado. Por lo que Basano, victorioso, se puso libremente a venir hacia Esmirna; y al venir, toda la gente como a vencedor le obedecía. El familiar de Osbech, cuyo nombre era Antíoco, a cargo de quien había quedado la hermosa mujer, por templado que fuese, viéndola tan bella, sin observar a su amigo y señor lealtad, de ella se enamoró; y sabiendo su lengua (lo

que mucho le agradaba, como a quien varios años a guisa de sorda y de muda había tenido que vivir, por no haberla entendido nadie y ella no haber entendido a nadie), incitado por el amor, comenzó a tomar tanta familiaridad con ella en pocos días que, no después de mucho, no teniendo consideración a su señor que en armas y en guerra estaba, hicieron su trato no solamente en amistoso sino en amoroso transformarse, tomando el uno del otro bajo las sábanas maravilloso placer. Pero oyendo que Osbech estaba vencido y muerto, y que Basano venía pillando todo, tomaron juntos por partido no esperarlo allí sino que cogiendo grandísima parte de las cosas más preciosas que allí tenía Osbech, juntos y escondidamente, se fueron a Rodas; y no habían vivido allí mucho tiempo cuando Antíoco enfermó de muerte. Estando con el cual por acaso un mercader chipriota muy amado por él y sumamente su amigo, sintiéndose llegar a su fin, pensó que le dejaría a él sus cosas y su querida mujer. Y ya próximo a la muerte, a ambos llamó, diciéndoles así:

–Veo que desfallezco sin remedio; lo que me duele, porque nunca tanto me gustó vivir como ahora me gustaba. Y cierto es que de una cosa muero contentísimo, porque, teniendo que morir, me veo morir en los brazos de las dos personas a quienes amo más que a ninguna otra que haya en el mundo, esto es en los tuyos, carísimo amigo, y en los de esta mujer a quien más que a mí mismo he amado desde que la conocí. Es verdad que doloroso me es saber que se queda forastera y sin ayuda ni consejo, al morirme yo; y más doloroso me sería todavía si no te viese a ti que creo que cuidado de ella tendrás por mi amor como lo tendrías de mí mismo; y por ello, cuanto más puedo te ruego que, si me muero, que mis cosas y ella queden a tu cuidado, y de las unas y de la otra haz lo que creas que sirva de consuelo a mi alma. Y a ti, queridísima mujer, te ruego que después de mi muerte no me olvides, para que yo allá pueda envanecerme de que soy amado aquí por la más hermosa mujer que nunca fue formada por la naturaleza. Si de estas dos cosas me dieseis segura esperanza, sin ninguna duda me iré consolado.

El amigo mercader y semejantemente la mujer, al oír estas palabras, lloraban; y habiendo callado él, le confortaron y le prometieron por su honor hacer lo que les pedía, si sucediera que él muriese; y poco después murió y por ellos fue hecho sepultar honorablemente. Después, luego de pocos días, habiendo el mercader chipriota todos sus negocios en Rodas despachado y queriendo volverse a Chipre en una coca de catalanes que allí había, preguntó a la hermosa mujer que qué quería hacer, como fuera que a él le convenía volverse a Chipre.

La mujer repuso que con él, si le pluguiera, iría de buena gana, esperando que por el amor de Antíoco sería tratada y mirada por él como una hermana. El mercader repuso que de lo que a ella gustase estaría contento: y, para de cualquier ofensa que pudiese sobrevenirle antes de que a Chipre llegasen, defenderla, dijo que era su mujer. Y subido a la nave, habiéndoles dado un camarote en la popa, para que las obras no pareciesen contrarias a las palabras, con ella en una litera bastante pequeña dormía. Por lo que sucedió lo que ni por el uno ni por el otro había sido acordado al partir de Rodas; es decir que, incitándoles la oscuridad y la comodidad y el calor de la cama, cuyas fuerzas no son pequeñas, olvidada la amistad y el amor por Antíoco muerto, atraídos por igual apetito, empezando a hurgonearse el uno al otro, antes de que a Pafos llegasen, de donde era el chipriota, se habían hecho parientes; y llegados a Pafos, mucho tiempo estuvo con el mercader.

Sucedió por acaso que a Pafos llegó por algún asunto suyo un gentilhombre cuyo nombre era Antígono, cuyos años eran muchos pero cuyo juicio era mayor, y pocas las riquezas, porque habiéndose en muchas cosas mezclado al servicio del rey de Chipre, la fortuna le había sido contraria. El cual, pasando un día por delante de la casa donde la hermosa mujer vivía, habiendo el mercader chipriota ido con su mercancía a Armenia, le sucedió por ventura ver a una ventana de su casa a esta mujer; a quien, como era hermosísima, empezó a mirar fijamente, y empezó a querer acordarse de haberla visto otras veces, pero dónde de ninguna manera acordarse podía.

La hermosa mujer, que mucho tiempo habla sido juguete de la fortuna, acercándose al término en que sus males debían hallar fin, al ver a Antígono se acordó de haberlo visto en Alejandría al servicio de su padre, en no baja condición; por lo cual, concibiendo súbita esperanza de poder aún volver al estado real con sus consejos, no sintiendo a su mercader, lo antes que pudo hizo llamar a Antígono. Al cual, venido a ella, tímidamente preguntó si él fuese Antígono de Famagusta, como creía. Antígono repuso que sí, y además de ello dijo:

–Señora, a mí me parece conoceros, pero por nada puedo acordarme de dónde; por lo que os ruego, si

no os es enojoso, que a la memoria me traigáis quién sois. La mujer, oyendo que era él, llorando fuertemente le echó los brazos al cuello, y, luego de un poco, a él, que mucho se maravillaba, le preguntó si nunca en Alejandría la había visto. Cuya pregunta oyendo Antígono reconoció incontinenti que era aquélla Alatiel la hija del sultán que muerta en el mar se creía que había sido, y quiso hacerle la reverencia debida; pero ella no lo sufrió, y le rogó que con ella se sentase un poco. Lo que, hecho por Antígono, le preguntó reverentemente cómo y cuándo y de dónde había venido aquí, como fuera que en toda la tierra de Egipto se tuviese por cierto que se había ahogado en el mar, hacía ya algunos años. A lo que dijo la mujer:
–Bien querría que hubiera sido así más que haber tenido la vida que he tenido, y creo que mi padre querría lo mismo, si alguna vez lo supiera.
Y dicho así, volvió a llorar maravillosamente; por lo que Antígono le dijo:
–Señora, no os desconsoléis antes que sea necesario; si os place, contadme vuestras desventuras y qué vida habéis tenido; por ventura vuestros asuntos podrán encaminarse de manera que les encontremos, con ayuda de Dios, buena solución.
–Antígono –dijo la hermosa mujer–, me pareció al verte ver a mi padre, y movida por el amor y la ternura que a él le he tenido, pudiéndome ocultar me manifesté a ti, y a pocas personas me habría podido suceder haber visto de que tan contenta fuese cuanto estoy de haberte, antes que a ningún otro, visto y reconocido; y por ello, lo que en mi mala fortuna siempre he tenido escondido, a ti como a padre te lo descubriré. Si ves, después de que oído lo hayas, que puedas de algún modo a mi debida condición hacerme volver, te ruego que lo pongas en obra; si no lo ves, te ruego que jamás a nadie digas que me has visto o que nada has oído de mí.
Y dicho esto, siempre llorando, lo que sucedido le había desde que naufragó en Mallorca hasta aquel punto le contó; de lo que Antígono, movido a piedad, empezó a llorar, y luego de que por un rato hubo pensado, dijo:
–Señora, puesto que oculto ha estado en vuestros infortunios quién seáis, sin falta os devolveré más querida que nunca a vuestro padre, y luego como mujer al rey del Algarbe.
Y preguntado por ella que cómo, ordenadamente lo que había de hacer le enseñó; y para que ninguna otra fuese a sobrevenir si se demoraba, en el mismo momento volvió Antígono a Famagusta y se fue al rey, al que dijo:
–Señor mío, si os place, podéis al mismo tiempo haceros grandísimo honor a vos, y a mí (que soy pobre por vos) gran provecho sin que os cueste mucho.
El rey le preguntó cómo. Antígono entonces dijo:
–A Pafos ha llegado la hermosa joven hija del sultán, de la que ha corrido tanto la fama de que se había ahogado; y, por preservar su honestidad, grandísimas privaciones ha sufrido largamente, y al presente se encuentra en pobre estado y desea volver a su padre. Si a vos os pluguiera mandársela bajo mi custodia, sería un gran honor para vos, y un gran bien para mí; y no creo que nunca tal servicio se le olvidase al sultán.
El rey, movido por real magnanimidad, súbitamente repuso que le placía: y honrosamente enviando a por ella, a Fainagusta la hizo venir, donde por él y por la reina con indecible fiesta y con magnífico honor fue recibida; a la cual, después, por el rey y la reina siéndole preguntadas sus desventuras, según los consejos dados por Antígono repuso y contó todo. Y pocos días después, pidiéndolo ella, el rey, con buena y honorable compañía de hombres y de mujeres, bajo la custodia de Antígono la devolvió al sultán; por el cual si fue celebrada su vuelta nadie lo pregunte, y lo mismo la de Antígono con toda su compañía. La que, luego de que reposó algo, quiso el sultán saber cómo estaba viva, y dónde se había detenido tanto tiempo sin nunca haberle hecho nada saber sobre su condición.
La joven, que óptimamente las enseñanzas de Antígono había aprendido, a su padre así comenzó a hablar:
–Padre mío, sería el vigésimo día después que partí de vuestro lado cuando, por fiera tempestad nuestra nave resquebrajada, encalló en ciertas playas allá en Occidente, cerca de un lugar llamado Aguasmuertas, una noche, y lo que de los hombres que en nuestra nave iban sucediese no lo sé ni lo supe nunca; de cuanto me acuerdo es de que, llegado el día y yo casi de la muerte a la vida volviendo, habiendo sido ya la rota nave vista por los campesinos, corrieron a robarla de toda la comarca, y yo con dos de mis mujeres primero sobre la orilla puestas fuimos, e incontinenti cogidas por los jóvenes que, quién por aquí con una y quién por ahí con otra, empezaron a huir. Qué fue de ellas no lo supe nunca; pero habiéndome a mí, que me resistía, cogido entre dos jóvenes y arrastrándome por los cabellos, llorando yo fuertemente,

sucedió que, pasando los que me arrastraban un camino para entrar en un grandísimo bosque, cuatro hombres en aquel momento pasaban por allí a caballo, a los cuales, como vieron los que me arrastraban, soltándome, prestamente se dieron a la fuga. Los cuatro hombres, que por su semblante me parecían de autoridad, visto aquello, corrieron a donde yo estaba y mucho me preguntaron, y yo mucho dije, pero ni por ellos fui entendida ni a ellos los entendí. Ellos, luego de larga consulta, subiéndome a uno de sus caballos, me llevaron a un monasterio de mujeres según su ley religiosa, y yo, por lo que les dijeran, fui allí benignísimamente recibida y siempre honrada, y con gran devoción junto con ellas he servido desde entonces a San Crescencio-en-la-cueva, a quien las mujeres de aquel país mucho aman. Pero luego de que algún tiempo estuve con ellas, y ya habiendo algo aprendido de su lengua, preguntándome quién yo fuese y de dónde, y sabiendo yo dónde estaba y temiendo, si dijese la v erdad, ser perseguida como enemiga de su ley, repuse que era hija de un gran gentilhombre de Chipre, el cual habiéndome mandado a Creta para casarme, por azar allí habíamos sido llevados y naufragamos. Y muchas veces en muchas cosas, por miedo a lo peor, observé sus costumbres; y preguntándome la mayor de aquellas señoras, a la que llamaban "abadesa", si a Chipre me gustaría volver, contesté que nada deseaba tanto; pero ella, solícita de mi honor, nunca me quiso confiar a nadie que hacia Chipre viniera sino, hace unos dos meses, cuando llegados allí ciertos hombres buenos de Francia con sus mujeres, entre los cuales algún pariente tenía la abadesa, y oyendo ella que a Jerusalén iban a visitar el sepulcro donde aquel a quien tienen por Dios fue enterrado después de que fue matado por los judíos, a ellos me encomendó, y les rogó que en Chipre quisieran entregarme a mi padre. Cuánto estos gentileshombres me honraron y alegremente me recibieron junto con sus mujeres, larga historia sería de contar. Subidos, pues, en una nave, luego de muchos días llegamos a Pafos; y allí viéndome llegar, sin conocerme nadie ni sabiendo qué debía decir a los gentileshombres que a mi padre me querían entregar, según les había sido impuesto por la venerable señora, me aparejó Dios, a quien tal vez daba lástima de mí, sobre la orilla a Antígono en la misma hora que nosotros en Pafos bajábamos; al que llamé prestamente y en nuestra lengua, para no ser entendida por los gentileshombres ni las señoras, le dije que como hija me recibiera. Él me entendió enseguida; y haciéndome gran fiesta, a aquellos gentileshombres y a aquellas señoras según sus pobres posibilidades honró, y me llevó al rey de Chipre, el cual con qué honor me recibió y aquí a vos me ha enviado nunca podría yo contar. Si algo por decir queda, Antígono, que muchas veces me ha oído esta mi peripecia, lo cuente.

Antígono, entonces, volviéndose hacia el sultán, le dijo:

–Señor mío, ordenadísimamente, tal como me lo ha contado muchas veces y como aquellos gentileshombres con los que vino me contaron, os lo ha contado; solamente una parte ha dejado por deciros, que estimo que, porque bien no le está decirlo a ella, lo haya hecho: y ello es cuánto aquellos gentileshombres y señoras con quienes vino hablaron de la honesta vida que con las señoras religiosas había llevado y de su virtud y de sus loables costumbres, y de las lágrimas y del llanto que hicieron las señoras y los gentileshombres cuando, restituyéndola a mí, se separaron de ella. De las cuales cosas si yo quisiera enteramente decir lo que ellos me dijeron, no el presente día sino la noche siguiente no nos bastaría; tanto solamente creo que basta que, según sus palabras mostraban y aun aquello que yo he podido ver, os podéis gloriar de tener la más hermosa hija y la más honrada y la más valerosa que ningún otro señor que hoy lleve corona.

Estas cosas celebró el sultán maravillosamente y muchas veces rogó a Dios que le concediese gracia para poder dignas recompensas conceder a cualquiera que hubiera honrado a su hija, y máximamente al rey de Chipre por quien honradamente le había sido devuelta; y luego de algunos días, habiendo hecho preparar grandísimos dones para Antígono, le dio licencia de volverse a Chipre, dándole al rey con cartas y con embajadores especiales grandísimas gracias por lo que había hecho a la hija. Y después de esto, queriendo que lo que comenzado había sido tuviese lugar, es decir, que ella fuese la mujer del rey del Algarbe, a éste todo hizo saber enteramente, escribiéndole además de ello que, si le pluguiera tenerla, por ella mandase. Mucho celebró esto el rey del Algarbe y, mandando honorablemente por ella, alegremente la recibió. Y ella, que con otros ocho hombres unas diez mil veces se había acostado, a su lado se acostó como doncella, y le hizo creer que lo era, y, reina, con él alegremente mucho tiempo vivió después. Y por ello se dice: "Boca besada no pierde fortuna, que se renueva como la luna". ♣



# La inocencia triunfante

## El conde de Amberes, acusado en falso, va al exilio; deja a dos hijos suyos en diversos lugares de Inglaterra y él, al volver de Escocia, sin ser conocido, los encuentra en buen estado; entra como palafrenero en el ejército del rey de Francia y, reconocida su inocencia, es restablecido en su primer estado.

Mucho suspiraron las señoras por las diversas desventuras de la hermosa mujer: pero ¿quién sabe qué razón movía los suspiros? Tal vez algunas, por anhelar tan frecuentes nupcias o también es posible que por lástima suspiraban. Pero dejando esto por el momento, habiéndose alguna reído por las últimas palabras dichas por Pánfilo, y viendo por ellas la reina que su novela había terminado, miró a Elisa y le mandó a seguir el orden con una de las suyas; la cual, alegremente haciéndolo, comenzó así:

–Amplísimo campo es este por el cual hoy nos estamos paseando, y no hay nadie que, no una justa sino diez veces pudiese contender en él con facilidad, pues tan abundante lo ha hecho la fortuna en sus extraños y dolorosos casos; y por ello, viniendo de ellos, que infinitos son, a contar alguno, digo que: Al ser el imperio de Roma de los franceses a los tudescos transportado, nació entre una nación y la otra grandísima enemistad y acerba y continua guerra, por la cual, tanto para defender su país como para atacar a los otros, el rey de Francia y un hijo suyo, con toda la fuerza de su reino y junto con los amigos y parientes con quienes hacerlo pudieron, organizaron un grandísimo ejército para ir contra los enemigos; y antes de que a ello procedieran, para no dejar el reino sin gobierno, sabiendo que Gualterio, conde de Amberes, era un hombre noble y sabio y muy fiel amigo y servidor suyo, y que aunque también era conocedor del arte de la guerra les parecía a ellos más apto para las cosas delicadas que para las fatigosas, a él en el lugar de ellos dejaron como vicario general sobre todo el gobierno del reino de Francia, y se fueron a sus campañas.

Comenzó, pues, Gualterio con juicio y con orden el oficio encomendado, siempre en todas las cosas con la reina y con su nuera consultando; y aunque bajo su custodia y jurisdicción hubiesen sido dejadas, no menos como a sus señoras y principales en lo que podía las honraba. Era el dicho Gualterio hermosísimo de cuerpo y de edad de unos cuarenta años, y tan amable y cortés cuanto más pudiese serlo hombre noble, y además de todo esto, era el más galante y el más delicado caballero que en aquel tiempo se conociese, y el que más adornado iba.

Ahora, sucedió que, estando el rey de Francia y su hijo en la guerra ya dicha, habiendo muerto la mujer de Gualterio y habiéndole dejado con un hijo varón y una hija, niños pequeños, y sin nadie más, frecuentando él la corte de las dichas señoras y hablando con ellas frecuentemente de las necesidades del reino, la mujer del hijo del rey puso en él sus ojos y con grandísimo afecto considerando su persona y sus costumbres, con oculto amor fervientemente se inflamó por él; y viéndose joven y fresca y a él sin mujer, pensó que sería fácil realizar su deseo. Y pensando que ninguna cosa se oponía a aquello sino la vergüenza de manifestárselo, se dispuso del todo a desecharla de sí, y estando un día sola y pareciéndole oportuno, como si otras cosas con él hablar quisiese, mandó por él. El conde, cuyo pensamiento estaba muy lejos del de la señora, sin ninguna dilación se fue a donde ella; y sentándose, como ella quiso, con ella sobre una cama, en una cámara los dos solos, habiéndola ya el conde preguntado sobre la razón por la que le hubiese hecho venir, y ella callando, finalmente, empujada por el amor, toda roja de vergüenza, casi llorando y temblando toda, con palabras entrecortadas, así comenzó a decir:

–Carísimo y dulce amigo y señor mío, vos podéis, como hombre sabio, fácilmente conocer cuánta sea la fragilidad de los hombres y de las mujeres, y por diversas razones más en una que en otra; por lo que debidamente, ante un justo juez, un mismo pecado

en diversa cualidad de personas no debe recibir la misma pena. ¿Y quién sería quien dijese que no debiese ser mucho más reprensible un pobre hombre o una pobre mujer que con su trabajo tuviesen que ganar lo que necesitasen para vivir, si fuesen por el amor estimulados y lo siguiesen, que una señora rica y ociosa y a quien nada que agradase a sus deseos faltara? Creo ciertamente que nadie. Por la razón que juzgo que grandísima parte de excusa deban prestar las dichas cosas de aquella que las posee, si por ventura se deja llevar a amar; y lo restante debe tenerlo el haber elegido a un sabio y valeroso amador, si lo ha hecho así aquella que ama. Las cuales cosas, como quiera que ambas según mi parecer, se dan en mí, y además de ellas otras más que a amar deben inducirme, como es mi juventud y el alejamiento de mi marido, deben ahora venir en mi ayuda a la defensa de mi fogoso amor ante vuestra consideración; y si pueden lo que en la presencia de los sabios deben poder, os ruego que consejo y ayuda en lo que os pida me prestéis. Es verdad que, por el alejamiento de mi marido no pudiendo yo a los estímulos de la carne ni a la fuerza del amor oponerme (los cuales son de tanto poder, que a los fortísimos hombres, no ya a las tiernas mujeres, han vencido muchas veces y vencen todos los días), estando yo en las comodidades y los ocios en que me veis, a secundar los placeres de amor y a enamorarme me he dejado llevar: y como tal cosa, si sabida fuese, yo sepa que no es honesta, no menos, siendo y estando escondida en nada la juzgo ser deshonesta, pues me ha sido Amor tan complaciente que no solamente no me ha quitado el debido juicio al elegir el amante sino que mucho me ha dado, mostrándome que sois digno vos de ser amado por una mujer tal como yo; que, si no me engaño, os reputo por el más hermoso, el más amable y más galante y el más sabio caballero que en el reino de Francia pueda encontrarse; y tal como yo puedo decir que sin marido me veo, vos también sin mujer. Por lo que yo os ruego, por tan grande amor como es el que os tengo, que no me neguéis el vuestro y que se acreciente con mi juventud, la cual verdaderamente, como el hielo al fuego, se consume por vos.

Al llegar a estas palabras le acometieron tan abundantemente las lágrimas que ella, que todavía más ruegos intentaba interponer, no tuvo más poder para hablar, sino que bajado el rostro y abatida, llorando, en el seno del conde dejó caer la cabeza. El conde, que lealísimo caballero era, con gravísima reprimenda empezó a reprender un tan loco amor y a rechazarla porque ya al cuello quería echársele, y con juramentos a afirmar que primero sufriría él ser descuartizado que tal cosa contra el honor de su señor ni en sí mismo ni en otro consintiera. Lo que oyendo la señora, súbitamente olvidado el amor y en fiero furor encendida dijo:

–¿Será, pues, ruin caballero, de esta guisa escarnecido por vos mi deseo? No plazca a Dios, puesto que queréis hacerme morir, que yo morir arrojar del mundo no os haga.

Y diciendo así, al punto se echó las manos a los cabellos, enmarañándoselos y descomponiéndoselos todos, y después de haberse desgarrado las vestiduras en el pecho, comenzó a gritar fuerte:

–¡Ayuda, ayuda, que el conde de Amberes quiere forzarme!

El conde, viendo esto, y temiendo mucho más la envidia de los cortesanos que a su conciencia, y temiendo que aquélla fuese a dar más fe a la maldad de la señora que a su inocencia, se levantó y lo más aprisa que pudo, de la cámara y del palacio salió y escapó a su casa, donde, sin tomar otro consejo, puso a sus hijos a caballo y montándose él también, lo más aprisa que pudo se fue hacia Calais. Al ruido de la señora corrieron muchos, los cuales, viéndola y oyendo la razón de sus gritos, no solamente por aquello dieron fe a sus palabras, sino que añadieron que la galanura y la adornada manera del conde había sido por él largamente buscada para poder llegar a aquello. Se corrió, pues, con furia a los palacios del

conde para arrestarlo; pero no encontrándole a él, primero los saquearon todos y luego hasta los cimientos los hicieron derribar.

La noticia, tan torpe como se contaba, llegó en las huestes al rey y al hijo, los cuales, muy airados, a perpetuo exilio a él y a sus descendientes condenaron, grandísimos dones prometiendo a quien vivo o muerto se lo llevase. El conde, pesaroso de que, de inocente, al huir, se había hecho culpable, llegado sin darse a conocer o ser conocido, con sus hijos a Calais, prestamente pasó a Inglaterra y en pobres vestidos fue hacia Londres, donde antes de entrar, con muchas palabras adoctrinó a los dos pequeños hijos suyos, y máximamente en dos cosas: primera, que pacientemente soportasen el estado pobre al que sin culpa de ellos la fortuna, junto con él, les había llevado, y luego que con toda prudencia se guardasen de manifestar a nadie de dónde eran ni hijos de quién, si amaban la vida.

Era el hijo, llamado Luigi, de unos nueve años, y la hija, que tenía por nombre Violante, tenía unos siete, los cuales, según lo que permitía su tierna edad, muy bien comprendieron la lección del padre, y en las obras lo mostraron después. Y para que aquello mejor pudiese hacerse le pareció deber cambiarles los nombres; y lo hizo así, y llamó al varón Perotto y Giannetta a la niña; y llegados a Londres con pobres vestidos, del modo que vemos hacer a los pordioseros franceses, se dieron a andar pidiendo limosna. Y estando por acaso en tal ocupación una mañana en una iglesia, sucedió que una gran dama, que era mujer de uno de los mariscales del rey de Inglaterra, al salir de la iglesia, vio al conde y a sus dos hijitos que limosna pedían, al que preguntó de dónde era y si suyos eran aquellos dos niños. A quien repuso que él era de Picardía y que, por un delito de un hijo mayor, había tenido que hacerse vagabundo con aquellos dos, que suyos eran. La dama, que era piadosa, puso los ojos en la muchacha y le gustó mucho porque hermosa y gentil y agraciada era, y dijo:

–Buen hombre, si te contentase dejar aquí conmigo a esta hijita tuya, porque buen aspecto tiene, la enseñaré de buena gana, y si se hace mujer virtuosa la casaré en el tiempo que sea conveniente de manera que estará bien.

Al conde mucho le plugo esta petición, y prestamente repuso que sí, y con lágrimas se la dio y recomendó mucho. Y habiendo así colocado a la hija y sabiendo bien a quién, deliberó no quedarse allí, y pidiendo limosna atravesó la isla y con Perotto llegó a Gales no sin gran fatiga, como quien a andar a pie no está acostumbrado. Allí había otro de los mariscales del rey, que gran estado y muchos servidores tenía, en cuya corte el conde alguna vez, él y el hijo, para tener de qué comer, mucho se detenían. Y estando en ella algún hijo del dicho mariscal y otros muchachos de gente noble, y jugando a algunos juegos de muchachos como de correr y de saltar, Perotto comenzó a mezclarse con ellos y a hacerlo tan diestramente, o más, que cualquiera de los otros hiciese alguna de las pruebas que entre ellos se hacían. Lo que viendo alguna vez el mariscal, y gustándole mucho la manera y los modos del muchacho, preguntó que quién fuese. Le fue dicho que era hijo de un pobre hombre que alguna vez por limosna venia allá adentro. Al cual el mariscal se lo hizo pedir y el conde, como quien a Dios otra cosa no rogaba, libremente se lo concedió, por mucho disgusto que le causase separarse de él. Teniendo, pues, el conde el hijo y la hija colocados, pensó que más no quería quedarse en Inglaterra sino que como mejor pudo se pasó a Irlanda, y llegado a Stanford, con un caballero de un conde campesino se colocó como criado, todas aquellas cosas haciendo que a un criado o a un palafrenero pueden convenir; y allí sin ser nunca por nadie conocido, con asaz disgusto y fatiga se quedó largo tiempo.

Violante, llamada Giannetta, con la noble señora en Londres fue creciendo en años y en persona y en belleza, y en tanto favor de la señora y de su marido y de cualquiera otro de la casa y de quienquiera que la conociese, que era cosa maravillosa de ver; y no había nadie que sus costumbres y sus maneras mirase que no dijese que debía ser digna de todo grandísimo bien y honor. Por la cual cosa, la noble señora que la había recibido de su padre, sin haber podido nunca saber quién era él de otra manera que por lo que él decía, se había propuesto casarla honradamente según la condición de que estimaba que era. Pero Dios, justo protector de los méritos de los demás, sabiendo que era mujer noble, y llevaba sin culpa la penitencia del pecado ajeno, lo dispuso de otra manera: y para que a manos de un hombre vil no viniese la noble joven, debe creerse que, lo que sucedió, Él por su misericordia lo permitió. Tenía la noble señora con la que Giannetta vivía un único hijo de su marido a quien ella y el padre sumamente amaban, tanto porque era su hijo como porque por virtud y méritos lo valía, como quien más que nadie cortés y valeroso y arrogante y hermoso de cuerpo era. El cual, teniendo unos seis años más que